

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

RESISTENCIAS FRENTE AL TERRORISMO DE ESTADO: EL CASO DEL TALLER DE LA AMISTAD EN LA CIUDAD DE LA PLATA.

Daniela Pighin.

Cita:

Daniela Pighin (2019). *RESISTENCIAS FRENTE AL TERRORISMO DE ESTADO: EL CASO DEL TALLER DE LA AMISTAD EN LA CIUDAD DE LA PLATA. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/94>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa 64. Dictaduras y procesos de transición a la democracia en el Cono Sur en clave local: lugares, actores y memorias

Título de la ponencia: “Resistencias frente al terrorismo de Estado: el caso del Taller de la Amistad en la ciudad de La Plata

Autora: Daniela Pighin. Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS)

“Para publicar”

Resistencias frente al Terrorismo de Estado: el caso del Taller de la Amistad en la ciudad de La Plata

En los últimos años y en torno a la profundización de los estudios sobre historia reciente, en Argentina han cobrado relevancia las investigaciones que ponen en el foco a la segunda generación afectada por la dictadura. Es decir, a quienes vivieron la experiencia dictatorial durante su infancia.

Por un lado, se han desarrollado trabajos que abordan la infancia en dictadura fuera del contexto puntual de la violencia estatal. Estos trabajos analizan los proyectos sociales, políticos y económicos que la dictadura buscaba encauzar a través de la infancia, así como las experiencias de los niños frente al autoritarismo presente en toda la sociedad. (Llobet 2016; Schindel 2005)

Por otro lado, diversos trabajos analizan la infancia poniendo el foco en las experiencias violentas ocurridas en los años setenta. Muchas de estas investigaciones parten del estudio de producciones artísticas que, ya en su adultez, realizaron hijos de desaparecidos y exiliados durante la última dictadura militar. Estos trabajos se centran en los procesos de transmisión y en la conformación de la memoria y del vínculo con un pasado traumático.¹ Asimismo, en torno a las experiencias de violencia directa, algunas investigaciones han abordado los casos de los niños apropiados ilegalmente en dicho

¹ Los diferentes modos de analizar las producciones artísticas de la segunda generación han sido desarrollados en Pighin, D. (2018). La noción de Posmemoria en el campo de la Historia Reciente en Argentina. Ponencia publicada en E-Book de las Jornadas Nacionales de Historiografía. Universidad Nacional de Río Cuarto (2018).

periodo. Es decir, cómo aquellos chicos fueron el objetivo de diferentes mecanismos de violencia y represión. (Villalta, 2013)

Finalmente, y dando un salto generacional, gran cantidad de investigaciones apuntan al estudio de la militancia de la segunda generación. Específicamente, se trata de trabajos que han abordado las experiencias de la agrupación H.I.J.O.S, en sus diferentes localizaciones geográficas (Alonso 2016; Bonaldi 2003; Cueto Rúa 2008).

En este contexto, el presente trabajo intenta inscribirse en el campo de los estudios sobre la infancia, analizando la experiencia de los hijos de quienes sufrieron de modo directo el Terrorismo de Estado para dar cuenta de sus vivencias infantiles y adolescentes en el contexto de la desaparición o detención de sus padres. Los objetivos apuntan a reconstruir las memorias de dichas experiencias en torno al Taller de la Amistad de la ciudad de La Plata, una experiencia pensada por familiares y compañeros de militancia de desaparecidos y presos políticos² que se inició en el contexto mismo de la Dictadura y que surgió a partir de la pregunta por los chicos: ¿Dónde estaban los hijos de los compañeros desaparecidos y presos? ¿A cargo de quiénes habían quedado? ¿Qué necesidades materiales y emocionales tenían?. El taller funcionó con diversas transformaciones durante toda la década del ochenta y los primeros años de los noventa y entró en vínculo con experiencias similares surgidas en otras provincias golpeadas por la represión.

La construcción metodológica parte de tres entrevistas semiestructuradas realizadas a Clarisa y Ernesto, quienes participaron del Taller desde niños hasta la adolescencia, ya incluso alternando sus roles de asistentes y talleristas. Estas se complementan con la entrevista realizada a Perla, quien fuera una de las organizadoras.

La infancia en el Taller de la Amistad

La infancia es una construcción que está sujeta a transformaciones en base a procesos históricos y sociales. Se trata de una producción de sentido que no es estática sino que está asociada con los fines prácticos que se le atribuyen en cada sociedad y en diferentes momentos históricos. En términos de Jodelet (1984) se puede pensar la infancia como una representación social en tanto es elaborada y compartida socialmente y pretende

² La experiencia del Taller surgió específicamente a partir de “Familiares de desaparecidos y detenidos por razones políticas”. En futuros avances se espera superar la referencia a las experiencias infantiles para explorar las relaciones sociales, culturales y de género que atravesaron a la fundación del taller. De esta manera, se pretenden vislumbrar las lógicas de funcionamiento y los mecanismos para definir quiénes participarían del mismo.

establecer una posición cultural al respecto. De esta manera, aquello que el niño “es” para un grupo social en base a la subjetivación de la noción de infancia, no solo se define por la mirada adulta sino que atraviesa los modos en que los niños se conciben a ellos mismos.

De esta manera, se puede observar que el tránsito por la infancia no es unívoco y homogéneo sino que implica para los niños enfrentar diferentes procesos de desigualdad y abuso de poder. En primer lugar, dada la existencia de una fragmentación de la idea de infancia que niega derechos a parte del universo infantil y construye una escala de posibilidades económicas, políticas, sociales y culturales. En segundo lugar, los niños/as y adolescentes, en nuestro contexto sociocultural, son considerados personas dependientes del mundo adulto. Si bien, puede afirmarse que todos los sujetos están condicionados desde lo estructural, los niños y adolescentes dependen de decisiones de las que, en gran medida, fueron excluidos de su formalización. En este sentido, como sostiene Diana Marre “la infancia es un tiempo en que la persona parece estar muy a menudo out of place, en el lugar equivocado (...) las limitaciones de los niños y niñas frecuentemente no tienen principios claros y responden, esencialmente, a necesidades y criterios adultos” (2013:19)

Siguiendo esta línea de análisis, en nuestro país durante la última dictadura se observa al menos una duplicación en la desigualdad y en la ausencia de canales de participación a los que son sometidos habitualmente los niños. Por un lado, porque se trata de infancias transitadas en América Latina frente al avance del neoliberalismo y el desmembramiento de las políticas de bienestar. Por otro, porque esa niñez se da en un contexto de extrema censura y represión en todos los aspectos del desarrollo de una persona. Según Llobet, el objetivo de la dictadura se guiaba por dos estrategias principales: la de represión directa sobre el “enemigo interno” y la de “controlar la vida cotidiana y producir los tipos de sujetos que encarnaran los valores nacionales que la dictadura procuraba oponer al “marxismo apátrida internacionalista” (2015:48)

Como sostiene Schindel, los niños y jóvenes fueron objeto clave del plan criminal de la dictadura. Desde el plano general, teniendo en cuenta que desde el Estado, la escuela y los medios de comunicación se intentaban instalar reglas de conducta, de pensamiento y de consumo alejadas de la movilización y de la radicalización ideológica y cultural. La educación escolar se apartaba del pensamiento crítico e independiente para nutrirse del régimen represivo a partir de “una ideología retrograda y autoritaria aunada a la burocratización extrema de las actividades y al vaciamiento curricular que provocaron en pocos años un notable deterioro de la educación pública” (2005:264).

Teniendo en cuenta este contexto, profundamente opresor, el presente trabajo pretende analizar la infancia de los hijos de las víctimas directas del Terrorismo de Estado, entendiendo que en dichos casos se agudizaron los procesos de exclusión frente a las infancias consideradas normales. La ausencia física de uno o ambos padres, el desmembramiento de las familias, los cambios de espacios geográficos y sociales de desenvolvimiento, la falta de explicaciones y respuestas ante lo sucedido, la imposición social de callar y, muchas veces, la falta de recursos económicos para afrontar la vida cotidiana, acrecentaban las dificultades a la que se enfrentaban los hijos frente a otros niños³. Estas experiencias implicaron que crezcan y transiten la infancia habiendo vivido una situación límite que los enfrentaban a nuevos códigos y formas de pertenencia. Como sostiene Ludmila Da Silva Catela “La vida cotidiana se partía, marcando un antes y un después, cuya divisoria fue el secuestro de familiares” (2001:83).

En esa situación de vulnerabilidad y frente a la presencia de un Estado represor, se inició la experiencia del Taller de la Amistad en La Plata. Es central destacar que sus primeros encuentros se dieron en 1979, durante la dictadura militar y donde los grados de conocimiento y reconocimiento de la sociedad sobre lo que estaba ocurriendo pendulaban entre la aceptación de las huellas de la ausencia en el espacio público y los mecanismos de negación e incredulidad frente a la violencia extrema. Es decir, se trataba de un contexto donde se estaban forjando los espacios de expresión de los organismos de derechos humanos pero dónde se carecía aún de un régimen de escucha social sobre lo que estaba ocurriendo.

Según los datos de las redes de familiares la cifra de desaparecidos en La Plata llega a 2000. Este número elevado de víctimas generó una extensa red de familiares de detenidos desaparecidos organizados en diferentes frentes ante la desaparición de algún integrante de su familia. Primero y fundamentalmente para intentar localizarlos vivos, obteniendo información del Estado Nacional y las fuerzas de seguridad. Luego, con el retorno a la democracia, para exigir juicio y castigo a los responsables así como para impulsar la memoria que asegurara que nunca más ocurrirían procesos de ese tipo en nuestro país. En este contexto de lucha, también hubo esfuerzos para sostener la

³ Se entiende que los niños y jóvenes que formaban parte de esta segunda generación era un grupo sumamente heterogéneo y no todos, al menos en los mismos niveles, experimentaron problemas económicos o modificaciones en las zonas y espacio de desenvolvimiento.

cotidianeidad de la vida frente a la situación límite. Ello cobró mayor relevancia a la hora de pensar en los niños.

El taller de la Amistad funcionó de manera continua desde 1979 hasta entrados los años '90. Las primeras experiencias fueron itinerantes a partir del interés de algunos de los integrantes de “Familiares de desaparecidos y detenidos por razones políticas” por conocer e intervenir en la situación de los hijos de los compañeros que habían caído bajo el poder militar. De este modo, se iniciaron los primeros encuentros *“una vez por mes a festejar cumpleaños”* (Ernesto), que en poco tiempo se convirtieron en reuniones semanales en la quinta que una Madre tenía en la localidad de José Hernández. Esta modalidad de reunión semanal se sostuvo de cierta manera nómada hasta aproximadamente 1984 cuando el taller comienza a funcionar en las calles 8 y 60 de la ciudad de La Plata donde una de las talleristas tenía una guardería *“y ahí ya era con actividades de taller: teatro, expresión corporal, títeres, pintura, ya era con actividades, tomábamos la leche pero laburamos”* (Ernesto). Luego de un año y a partir de la financiación de organismos internacionales, en 1985 se consiguió alquilar en 59, entre 14 y 15 una casona antigua que funcionaría como el primer espacio institucionalizado del taller: *“Ese lugar era EL TALLER”* (Ernesto). Finalmente, entre 1988 y 1989, se logró comprar un terreno alejado del centro de La Plata, en 69 entre 118 y 119, generando el viraje del Taller de la Amistad hacia un proyecto de trabajo barrial. Asimismo, y en conjunto con las actividades habituales que allí se realizaban comenzó a funcionar *“la defensoría integral del menor, porque teníamos muchas situaciones de orden legal (...) encontrábamos chicos hijos de desaparecidos en los institutos, por ejemplo, internados, sabiendo su identidad, no digo chicos apropiados, sino chicos que por actitudes delictivas podían a terminar en institutos de máxima seguridad”* (Perla).

El Taller de la Amistad, a su vez, entró en relación con experiencias similares que se llevaron a cabo en otras provincias: el taller “Julio Cortázar” en Córdoba, el “Había una vez” en Rosario y el “Inti Huasi” en Santiago del Estero. Asimismo, los entrevistados recuerdan tenuemente la existencia de un taller en Ciudad de Buenos Aires y de otro en La Matanza con los que no desarrollaron un vínculo tan estrecho.

A partir de las experiencias de quienes brindaron sus recuerdos y vivencias en el taller se pueden destacar algunos elementos que parecen caracterizar sus objetivos y sus alcances. Se puede afirmar que el taller avanzó en la idea de rescatar y devolver la infancia a los hijos, influyó en la construcción de identidad de dichos niños y adolescentes e

impulsó un nuevo modelo de familia que ayudó a hacer frente al pasado traumático de los hijos.

Rescatar lo cotidiano para rescatar la infancia

Uno de los objetivos centrales del taller apuntaba a “devolverle la infancia” a los hijos. Las experiencias de clandestinidad, violencia y muerte generadas por el propio Estado los habían afectado de modo directo. Muchos de los chicos habían presenciado la violencia ejercida contra sus padres durante el secuestro dado que “el 62% de los secuestros que dieron lugar a las desapariciones denunciadas tuvo lugar en el domicilio de las víctimas” (Schindel, 2005:264). En algunos casos fueron “conducidos también al centro de detención clandestino, donde incluso eran obligados a presenciar las torturas a que eran sometidos sus padres o eran ellos mismos torturados ante estos” (Schindel, 2005:260) mientras que en otras situaciones fueron abandonados a la adopción ilegal o en institutos de menores.

Si bien en el apartado anterior se mencionó lo heterogéneo de la conceptualización de la infancia, su representación en nuestra sociedad da cuenta del niño como sujeto despreocupado de los problemas de adultos-. En este sentido, dicha representación no calzaba en el caso de los hijos. La desaparición de uno de los padres podía implicar el resguardo, la vida clandestina o el exilio. Si los niños tenían como destino la casa de un familiar, probablemente su modo de vida y formación distarían mucho del que pretendían sus padres: *“La mayoría de los chicos que quedaron con una familia los dejaban con el familiar más despolitizado porque era como el modo más seguro”* (Ernesto). De esta manera la infancia de los niños que pasaron por el taller condensaba diferentes niveles de pérdidas que obstaculizaban el tránsito por la niñez y empujaban a una maduración y a un reconocimiento prematuro de problemas sobre los que no tenían herramientas para intervenir. Por otra parte, el quiebre de la unidad familiar no solo generaba pérdidas emocionales sino que afectaba la supervivencia económica de las familias: *“quedaban destruidas. Yendo más a lo cotidiano, ya más allá de la integridad, la cuestión económica estaba todo para atrás. Te sacaban parte de cómo estaba organizada tu familia.”* (Ernesto).

Otra cuestión que dificultaba pensar a la niñez en términos habituales pasaba por lo complejo de la socialización. Espacios clásicos donde jugar y hacer amigos, como la escuela y el barrio, no les permitían moverse con naturalidad ni abrirse a contar sus

experiencias debido al temor, al rechazo y al resguardo al que se ceñían los familiares de los militantes políticos. En este sentido, el taller generaba ese espacio donde los hijos tenían la posibilidad de hablar, donde existía el régimen de escucha que los habilitaba a moverse con la naturalidad, sobretodo para aquellos chicos que afrontaban mayores dificultades para abrir su historia familiar. Devolver la naturalidad a las conversaciones, desestructurarlos de los problemas que atravesaban y permitirles soltura, parecen haber sido logros del taller. Como menciona Ernesto:

“cuando estábamos en el taller que era un lugar donde se podía hablar de cualquier cosa, hablábamos de otras cosas pero cuando vos puedes hablar de algo, hablar de qué se yo, de cómo cosechar tomates o de cómo se llama tu perro sin tener que estar con ese filtro de ‘a ver si meto la pata, a ver si digo algo que no tengo que decir’, es super liberador”.

Vinculado a ello y pensando en los ámbitos de socialización de los hijos, el taller se presentaba como un proyecto liberador y donde los niños pudieran tener agencia frente a los procesos de normalización que se les exigían en otros ámbitos en los que cotidianamente se movían. Los entrevistados remitieron a diferentes momentos en que vivieron experiencias que los incitaban a discutir, argumentar, defender posiciones y utilizar herramientas que los hacían participes de decisiones generales del taller. Es decir, no existía una imposición desde los adultos organizadores sino que se celebraba la horizontalidad de la palabra. Respecto a cómo se eligió el nombre “Taller de la Amistad”, Ernesto comenta *“se hicieron elecciones, se hicieron propuestas de nombres, se votó. Cuando salió ese nombre a mí me pareció horrible pero bueno teóricamente, me lo porfían hasta hoy, fue democrático”*. Lo mismo respecto al logo del taller *“C había hecho uno recopado y otro grupo que estaba como queriendo pudrirla, típicamente adolescente, habían dibujado una sartén con un huevo frito, Y le habían hecho campaña y tenían más votos, ponían en juego el valor de la democracia.”*(Ernesto).

Según Schindel, durante la dictadura se apuntó a lograr un estado de infantilización social para incentivar la inacción frente al avance represor del Estado; es decir que “la Junta Militar asumía para sí el rol de adulto y relegaba la población a una niñez perpetua, donde los adultos fueron cercenados en su autonomía” (2005:270). De algún modo, el taller rompió con dicha estructura permitiendo, por un lado, la recuperación de la infancia de los niños pero también alentando su agencia autónoma frente a la autoridad. Según Clarisa, *“el taller fue un lugar también de muchísima posibilidad de hablar de política, de*

poder entender todo esto (...) en un punto sí era un lugar muy político de nacimiento, entonces eso te da la posibilidad de entender”.

Las menciones que hacen los entrevistados a los objetivos y alcances que se lograron a partir del taller, permiten observar que valoran la posibilidad de entender la realidad política y social por la que estaban atravesando pero también de darle espacio a lo lúdico: a jugar, a divertirse, a hacer amigos, a pelear y a construir su lugar de pertenencia. Al respecto Clarisa sostiene:

“yo creo que el taller nos salvó a muchos, de verdad, considero que fue una especie de salvavidas y en gran medida creo que fue un lugar que sí quería o pretendía devolver un poco de infancia. Esto del juego, de que fuera un espacio como divertido, no es que estábamos todo el tiempo hablando. Al contrario, la mayoría del tiempo era como muy divertido estar en el taller, tenías a tus super amigos, (...) esperabas mucho ir a taller, el sábado era el día del taller”.

En este sentido, el taller intentaba acompañar a los chicos en los procesos de comprensión y aceptación de su realidad. Desde la asistencia psicológica, el juego y el acompañamiento diario no se pretendía imponerles una verdad sino construir espacios donde ellos solos pudieran procesar las situaciones complejas por las que estaban atravesando: *“venían los chicos diciendo que el papá estaba de viaje, nosotros no le decíamos, ‘no, sabés qué, tu papá no está de viaje, tu papá desapareció hace cinco años”* (Perla). El taller era un espacio de contención que buscaba:

“devolver el juego, devolver un poco la infancia porque también éramos chicos que el algún punto tuvimos que madurar muy de golpe. Por más que teníamos 6, 7, 8 años, en lo emocional, en la forma de vincularnos, de relacionarnos al afuera, había algo de dar un salto, de estar parado en otro lado, aunque no lo quisieras” (Clarisa).

Asimismo, se da cuenta también del taller como un espacio de atención frente a casos donde la violencia estatal había provocado problemas psicológicos y psiquiátricos dado que *“encontraron chicos que estaban enfermos, encontraron chicos que estaban bloqueados intelectualmente, que parecían discapacitados mentales, pero no lo eran”.* (Perla)

De esta manera, se podría pensar al taller de la Amistad como un espacio que posibilitó el procesamiento y la construcción de relaciones positivas, más allá de la

permanencia del dolor. Los espacios de contención que se brindaban en el taller a partir de la asistencia psicológica, las clases con contenido artístico y el solo hecho de compartir tiempo con sujetos que transitaban experiencias similares, dio lugar a la construcción de espacios de pertenencia que funcionaron como una espalda para la transición traumática: *“podías hablar, llorar, revolearnos cosas, putearnos, cuestionarle al otro, nos hizo como muy empáticos y con una capacidad como de ver de una forma mucho más horizontal”* (Clarisa).

Por otro lado, en un contexto donde lo normal era la privatización del daño y del dolor y la presencia del silencio, consciente o inconsciente, participar del taller fue experimentado como un espacio de contención y de construcción de relaciones socializantes. Perla incluso mencionó que participar en su organización funcionó como un canal para la reconstrucción de las relaciones filiales con sus hijas dado que ella estuvo varios años en prisión durante la primera infancia de las niñas: *“A mí me hace muy bien porque me liga socialmente, me ayuda a revincularme con las nenas, nos habían separado a los diez meses (...) porque por ahí yo jugaba, que me hacía re bien, pero por ahí había otros adultos que colaboraban en esta revinculación mía”*. Asimismo, su sostenimiento en el tiempo también es evaluado positivamente en tanto favoreció el desarrollo de relaciones, diálogos y experiencias colectivas a largo plazo. Como menciona Perla *“Esa continuidad, a mí me parece que estuvo interesante (...) era una demostración de que se puede continuar a pesar de que a uno le sacaron lo más importante, era una cosa vitalmente fuertísima”*.

Finalmente, a medida que los chicos fueron creciendo, los diferentes talleres comenzaron a ampliar su margen de acción por fuera de los hijos de las víctimas de la dictadura para asistir a la sociedad afectada por los procesos sociales y económicos iniciados en ese periodo y continuados por el menemismo al iniciar los años '90. De esta manera comenzaron a trabajar en barrios carenciados y a hacer algo diferente con esa mochila que traían a nivel personal. Como sostiene Ernesto, en los jóvenes que participaron del Taller de la Amistad existía *“la necesidad de sentirte transformador, no observador, no denunciador sino de vos querer transformar la realidad”*.

Construcción de identidad y de un nuevo modelo de familia

Elizabeth Jelin (2006) sostiene que para construir la legitimidad de sus reclamos y de su palabra, los organismos de Derechos Humanos se habían amparado en los lazos de

sangre con los desaparecidos. De ese modo, su lucha implicó una constante filiación con el pasado y con el vínculo familiar con las víctimas del Terrorismo de Estado. Ese vínculo que parece tan natural y aproblemático en los familiares adultos, implicó procesos conflictivos en el caso de los hijos dado que se sentían definidos por algo externo a ellos, que si bien formaba parte central de su historia personal era algo sobre lo que no habían podido intervenir y no habían tenido agencia. Los hijos entrevistados entienden que el taller generó espacios para que pudieran, al menos, cuestionar ese vínculo filial. De alguna manera, el paso por el taller desde la infancia les había permitido enfrentar el dolor de la pérdida y construir herramientas para afrontar lo emocional. Esa “sanación” dio lugar a la construcción, a plantearse quiénes eran ellos y “sus desaparecidos”. Al respecto Clarisa sostiene que la palabra desaparecido

“le dio demasiado peso a mi vida durante mucho tiempo en el sentido de ‘Soy hija de desaparecido, soy Clarisa, soy hija de desaparecido (pero) ¿Quién carajo soy yo y quién es mi viejo, quién era?’. Se llamaba así, empezar a decir ‘Mi viejo es J’, no es UN desaparecido, quién sabe cuál (...) llegó un momento que necesité no solo procesar la parte del dolor sino empezar a construir estos huecos que tenía con respecto a quién era yo, quién era mi viejo, cuál era el vínculo que habíamos tenido, qué cosas le gustaban”.

Los procesos de construcción de la identidad no solo eran dificultosos por las experiencias traumáticas que habían vivido estos niños y jóvenes sino por el tabú que, en la mayoría de los casos, se generó a nivel familiar. Existía una historia que no se conocía del todo, experiencias difíciles de contar y sobre las que tampoco había espacios para preguntar:

“la desaparición de mi papá generó mucha angustia en la familia paterna y eso generó mucho silencio. Durante mucho tiempo yo no pude construir nada porque si le preguntaba a mi abuela, mi abuela se ponía a llorar; si le preguntaba a mi tío, a mi tío le agarraba un patatús, mi vieja no podía hablar en la cárcel por cuestiones de seguridad. Entonces mi viejo desapareció no solo físicamente sino desapareció completamente.” (Clarisa).

Su propia construcción como sujetos parece ir de la mano con el corte respecto a su filiación con la noción de desaparecidos. Dejar de construir su identidad a partir de la decisión del Estado represor que convirtió a sus familiares en desaparecidos. Esa ruptura, les permitió darle identidad a una figura genérica y a partir de ella, levantar los cimientos

de su propia identidad; *“yo hago ese proceso y me emputo con no quiero ser hija de desaparecido. En el sentido de no porque no quiera ser sino que no quiero ser únicamente eso”* (Clarisa). De esta manera, existía una necesidad de deconstruir, de identificar los cimientos sobre los que se había edificado su identidad para poder reconstruirlos tomando agencia. En este contexto, el taller es rescatado como el espacio que permitió no quedarse anclados en el momento traumático y poder pensarse por fuera y más allá de eso *“el taller había sido un gran basamento para poder construir tu historia y cómo pararte ante eso”*. (Clarisa)

Por otra parte, pensar la construcción de identidades dentro del taller también genera espacios para analizar como allí entraba en juego un nuevo modelo de familia.

Llobet sostiene que el proyecto cultural de la dictadura apuntaba a la formación de los niños comunes, alejados de la ideología revolucionaria, no solo desde el ámbito educativo sino, principalmente, desde la vida familiar sostenida en *“la importancia de la autoridad paterna y la afectividad moralizante de la madre (...) reunidos en un hogar en el que no se hable de política”* (2016:99). A partir de las experiencias analizadas se puede argumentar que los modos de sociabilidad que se vivían en el taller se contraponían al modelo de familia y de infancia que impulsaba la dictadura. Se hizo frente a esa batalla cultural brindando a los chicos espacios para decidir, para pensar, para argumentar y discutir, para quedarse callados, para hablar de política, para hablar de sus padres, para salir a la calle y exigir respuestas al Estado. Como sostiene Ernesto *“el taller fue la promesa de la militancia de que los hijos son de todos. Era seguir criándonos desde la mirada militante de nuestros viejos”*.

Asimismo, Schindel argumenta que durante la dictadura a nivel familiar se produjo *“la doble manifestación de una misma tendencia a la privatización de la vida”* (2005:269), es decir la puesta en práctica en el ámbito familiar de actividades no habilitadas de suceder en público y, a la vez, de la aplicación del control y la vigilancia a escala familiar. Esta privatización de los asuntos públicos, no se producía dentro del taller donde el parentesco superaba los lazos biológicos para plasmarse en una familia colectiva frente al individualismo reinante del exilio interior y/o de la reproducción de despotismos familiares.

En este sentido, también es importante rescatar la impronta que los hijos le dan a la raíz traumática de su vínculo. La posibilidad de filiación por los lazos emocionales que

surgen de sus lazos sanguíneos con los desaparecidos permitió para ellos construir relaciones a largo plazo y de una profunda empatía. Ante la ausencia de tener esos espacios a nivel familiar o por fuera del taller, se reforzaron los vínculos con quienes también afrontaban la ausencia de sus padres por la represión del Estado: *“A mí me pasa con mi pareja, llevamos 24 años juntos y hay cosas que yo puedo hablar con mis amigos del taller casi sin hablarlo”* (Clarisa). Los entrevistados resaltan la construcción de relaciones a partir de las experiencias de dolor que permitieron superar las diferencias en general de todos los chicos. Al respecto Clarisa menciona *“nos había unido la dictadura, si no hubiera sido la dictadura quizás no nos cruzábamos nunca (...) Obviamente nos hermanaba, era muy fuerte lo que nos había pasado”*.

Esa red familiar incluso superó en algunos momentos el espacio propio del Taller de La Plata para conectar vínculos con chicos que participaban de los talleres de Córdoba, Rosario y Santiago del Estero. En esa construcción fueron fundamentales algunas reuniones anuales y los campamentos intertalleres que se hicieron en algunas ocasiones. Para quienes participaron de las diferentes actividades que proponía el taller *“Pueden pasar años que cuando te volvés a encontrar, te volvés a hacer el mismo amigo de esa época porque había una cuestión en común que no se podía transitar en otro lado. Era ahí”* (Ernesto).

En el taller, existía una idea de unidad y homogeneidad pero, fruto de su carácter inacabado, también generaba conflictos de sociabilidad que surgían en torno a los diferentes orígenes sociales y culturales de los chicos que pasaron por allí:

“yo creo que es una cosa que nunca pudimos resolver, eran cuestiones de clase y de las apropiaciones culturales que teníamos algunos y otros y que marcaban una diferencia. Cuando hicimos este encuentro de talleres en Córdoba fueron chicos del taller de La Matanza también y no los registramos (...). Uno es adolescente y cuando, yo me hago cargo de lo mío, un chabón que vive en el barrio corre más fuerte vos, vas a decirle una frase que lo deje como un pelotudo y esas cosas. Había por ahí fricciones”. (Ernesto)

Estas diferencias se muestran más acentuadas cuando el Taller de la Amistad se complejizó para no solo atender las experiencias de los hijos sino para abrirse también a las problemáticas de chicos en situación de marginación social. Es decir, cuando comenzó a funcionar en conjunto con una defensoría de menores:

“nosotros entre todos, con todas las diferencias que teníamos, teníamos una convivencia pero cuando llegaron estos eran otra forma de plantarse, otra forma de resolver los problemas. La que ellos conocían era a las piñas, ser resolvía todo así. Entonces eso también a mí me aleja un poco del taller. En ese momento enojado, como diciendo un lugar que era mío, lo usurpan”. (Ernesto)

Consideraciones finales

En 1995, en Río Ceballos, Córdoba tuvo lugar un campamento intertalleres considerado piedra fundacional de la agrupación H.I.J.O.S⁴. Fue organizado por el Taller Julio Cortázar, coordinado por Roger Becerra y se abrió hacia el resto de los talleres con los que existía una vinculación: *“Se convoca a ese campamento y en ese campamento va gente del todo el país, pibes que nunca había podido hablarlo. Se arman comisiones de laburo, de esas comisiones sale el nombre H.I.J.O.S, sale la carta con la que se presenta H.I.J.O.S”* (Ernesto).

Si bien, a partir de este trabajo se accedió solo a una pequeña mirada de todo el abanico de niños y jóvenes que pasaron por el taller de la Amistad, se pueden identificar diferencias y continuidades entre los procesos que se transitaron en los talleres y el inicio de la agrupación H.I.J.O.S. .

Por un lado, si bien existe un vínculo entre las experiencias de los talleres que nuclearon a los hijos durante su infancia y el inicio de H.I.J.O.S, los entrevistados marcan diferencias entre quienes habían transitado su niñez en el Taller de la Amistad (y lo hacen extensivo al resto de los talleres) y quienes comenzaron su militancia en torno al surgimiento de la agrupación, cerca de cumplirse 20 años del golpe de Estado de 1976. Tanto Clarisa como Ernesto no tuvieron participación directa en H.I.J.O.S pero sí reconocen que algunos de sus compañeros militaron allí. La decisión de no sumarse partió de analizar lo que estaba sucediendo en la agrupación como una etapa que ellos ya habían vivenciado.

⁴ Las experiencias de ese campamento fueron retratadas en los documentales “Razón de la Memoria” (2009) de Myuca Lorens y Dimas Games y en el documental “HIJOS de una misma historia” (Capítulo 1: Hijos e Hijas) producido por el Canal Encuentro (2014).

En este sentido, parece entrar en juego la cuestión del procesamiento; es decir en qué lugar se encontraban respecto a entender y posicionarse sobre lo que había sucedido en sus familias así como la cuestión de la identidad, de cómo identificarse frente a la sociedad y frente a los reclamos al Estado. En relación a ello, Clarisa menciona que cuando se acercó a las primeras reuniones de la agrupación pensó: *“No, esto yo ya lo viví, ya pasé por estas discusiones de si vamos a militar si no vamos a militar, si vamos a hacer esto si vamos a hacer lo otro”*. Ahora bien, más allá de su posición personal, ellos también entienden que algunos de sus compañeros de los talleres y, más aún, quienes en su niñez no habían tenido la oportunidad de socializar con otros chicos que estaban en situaciones similares, tenían la necesidad de construir un espacio de pertenencia: poder hablar y ser escuchados, armar su historia, construir colectivamente y, de ese modo, exigir justicia: *“Eran cercanías, iban y venía, algunos se salían del taller y ya querían militancia mucho más activa, sentir que estaban en una acción mucho más directa”* (Clarisa).

Asimismo, para entender las diferencias, es necesario destacar el espectro sumamente cerrado que caracterizó a algunas de las regionales de H.I.J.O.S. Una vez que se gestó la agrupación, surgieron debates en torno a quiénes debían conformar la “población” que participaría activamente. En torno a ello, se discutía si los Hijos debían tener dos⁵ o cuatro orígenes⁶ o si debía ser una población abierta⁷. El modo en que se saldó este conflicto fue variando de acuerdo a cada regional pero, sobretodo en las grandes ciudades, la participación en H.I.J.O.S se cerró en dos orígenes. Esta situación dejó afuera a aquellos que no tenían un vínculo filial con los desaparecidos y asesinados por la dictadura militar pero que habían participado de los primeros encuentros de la agrupación y que compartían sus banderas de lucha. Al respecto Ernesto menciona:

“Mi hermano que siempre había estado más de joda o medio desconectado le pegó ahí por la militancia y me pareció que yo me tenía que correr (..) los vi muy compactados y sin permitir que otro entre. Se había como reconfigurado a que el hijo de desaparecido era una cuestión literal de ser hijo de desaparecido y otro no entraba. Y yo tenía otros espacios para estar como para decir ‘Bueno, váyanse a cagar’. No le voy a estar sobando

⁵ Hijos de desaparecidos y asesinados

⁶ Hijos de desaparecidos, asesinados, exiliados y presos políticos

⁷ Aceptar la participación y la toma de decisiones a nivel generacional; es decir de todos aquellos que quisieran sumarse activamente independientemente de si eran, o no, hijos de víctimas directas del Terrorismo de Estado.

el lomo para que me dejen entrar a un lugar donde no me quieren, ni en pedo. Entonces, nunca participé de H.I.J.O.S”)

La posibilidad de pensar al Taller de la Amistad como un nuevo modelo de familia, más allá de los lazos filiales con los desaparecidos, da cuenta de cómo allí se intentaban evitar esas diferencias. Del taller participaban chicos de diferentes edades: algunos con uno o los dos padres desaparecidos o asesinados; otros con padres presos; algunos con padres exiliados y que estaban a cargo de otro familiar; así como hermanos de hijos, más chicos cuando la pareja se había vuelto a casar, o más grandes, como en el caso de Ernesto. En ese sentido, Clarisa marca la diferencia del taller respecto a la agrupación sosteniendo que “era un espacio abierto a todo el mundo, no necesariamente haber sido víctima de la represión significaba que podías estar o que te ibas a sentir parte de eso (...) estabas ahí, si eras un hermano, si eras un cuñado, te había atravesado la dictadura”.

Tanto Clarisa como Ernesto refieren a la existencia de un “sufridómetro” o “dolorómetro” en torno al surgimiento de H.I.J.O.S donde la posibilidad de participar y/o de formar parte de la toma de decisiones parecía depender del vínculo sanguíneo de los jóvenes con los desaparecidos, en tanto se asumía que en esos casos se experimentaba mayor sufrimiento. Más allá de la discusión en asamblea que caracterizó el accionar de H.I.J.O.S, la palabra de aquellos que tenían a sus dos padres desaparecidos parecía tener mayor autoridad: *“nosotros siempre decíamos la dictadura no nos pasó a nosotros únicamente. La dictadura hizo mierda la Argentina (...) no era está cuestión de quién había sufrido más entonces tenía más estrellas, no era una cuestión de medallas”* (Clarisa).

Por otro lado, y en relación al vínculo entre los talleres y el surgimiento de H.I.J.O.S, Ernesto menciona que *“en H.I.J.O.S confluyó toda la fuerza que traían, esa necesidad de canalizar por algún lado los que no había podido nunca estar en contacto con pares (...) y la posibilidad de organizar que tenían quienes habían participado de los talleres”*. Asimismo, da cuenta del vínculo en la forma de expresión más popular de la agrupación: los escraches *“que era una manera de poner el arte al servicio de la denuncia, los talleres laburaron el arte, los que habíamos salido de los talleres teníamos una mirada artística de la vida y de todo.”*(Ernesto)

Para cerrar, resulta interesante pensar al Taller de la Amistad como condición de posibilidad para el surgimiento de H.I.J.O.S, pero también su estudio permite explorar

modos de pensar el pasado traumático, modos de accionar y construcciones identitarias que van más allá de la militancia política. De ese modo, la investigación permite ampliar los horizontes de análisis en torno al pasado reciente. Entendiendo que existe una tendencia a pensar a la segunda generación en términos de su participación en la agrupación H.I.J.O.S se espera iluminar modos diferentes en que estos niños y jóvenes transitaron su infancia y adolescencia para así comprender que no todos los hijos estaban parados en el mismo lugar hacia 1994.

Bibliografía

- Alonso, L. (2016). ¿Por qué seguir reflexionando a 20 años de H.I.J.O.S?. Cuadernos de Aletheia (2), 2-7. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8475/pr.8475.pdf
- Bonaldi, P. (2003), *Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria*. Mimeo, informe del Programa de Formación e Investigación sobre Memoria colectiva y represión: perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el Cono Sur y el Perú. SSRC-Social Science Research Council
- Cueto Rúa, S. (2008) *Nacimos en su lucha, viven en la nuestra. Identidad, justicia y memoria en la agrupación HIJOS-La Plata* [en línea]. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.426/te.426.pdf>
- Da Silva Catela, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de desaparecidos*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Jelin, Elizabeth (2006). “Víctimas, familiares y ciudadano/ as: las luchas por la legitimidad de la palabra”. Trabajo presentado en el II Congreso de Filosofía de la Historia.
- Jodelet (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici, S. *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós
- Llobet, V. (2016). “Eso era lo normal”. Ser niño en dictadura: un debate sobre la subjetividad y la política en *Revista de la Carrera de Sociología* vol. 6 núm. 6, 90 – 119.

- Llobet, V. (2015). "Y yo, ¿dónde estaba entonces?". Infancia, memoria y dictadura en *Horizontes Sociológicos*, vol. 3 46-57.
- Marre, D. (2013). Prólogo. De infancias, niños y niñas. En Llobet, V. (Comp.) *Pensar la infancia desde América Latina: un estado de la cuestión*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO
- Schindel, E. (2005). El sesgo generacional del terrorismo de Estado: niños y jóvenes bajo la dictadura argentina (1976-1983). En Potthast, B. y Carreras, S. (eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.